

EL CONCEPTO DE PAISAJE COMO CONTEMPLACIÓN DE LA VERDAD: REFLEXIONES DESDE LA FILOSOFÍA DE PLATÓN

THE CONCEPT OF LANDSCAPE AS CONTEMPLATION OF
TRUTH: REFLECTIONS FROM PLATO'S PHILOSOPHY

Angel Daniel Ramírez Herrera

Centro Interdisciplinario de Investigación para el Desarrollo Integral Regional,
IPN, Unidad Michoacán.

- aramirezh1806@alumno.ipn.mx

Rodolfo Vera García

Centro Interdisciplinario de Investigación para el Desarrollo Integral Regional,
IPN, Unidad Michoacán.

- rdf.vera74@gmail.com

Luis Armando Gálvez Ordaz

Centro Interdisciplinario de Investigación para el Desarrollo Integral Regional,
IPN, Unidad Michoacán.

- lgalvezo1800@alumno.ipn.mx
-

RESUMEN

El objetivo del presente trabajo fue conceptualizar el paisaje a partir del andamiaje categórico y conceptual de la filosofía de Platón. El método seguido incluyó la delimitación del objeto de investigación, la construcción del esquema de investigación, la identificación, el análisis y el fichado de fuentes de información, el diseño del esquema de exposición de resultados, la codificación de fichas de trabajo y la redacción. Se concluyó que el paisaje conceptualizado desde la filosofía platónica es un modelo ideal puro que se encarna en los sujetos. La contemplación de lo bello en un territorio determinado es, a su vez, la contemplación de lo bueno, lo verdadero y proporcionado que yace contenido dentro del alma de los sujetos que lo aprehenden. Los paisajes son, por ende, objetos que requieren cognición para ser engendrados, lo cual proporciona una justificación a las posturas científicas que lo investigan y al conocimiento que los individuos obtienen de ellos.

SUMMARY

The aim of this work was to conceptualize landscape based on the categorical and conceptual framework of Plato's philosophy. The method followed included defining the object of research, constructing the research design, identifying, analyzing, and cataloging information sources, designing the presentation of results, coding the research notes, and writing the report. It was concluded that the landscape, conceptualized from Platonic philosophy, is a pure ideal model that is embodied in individuals. The contemplation of beauty in a given territory is, in turn, the contemplation of the good, the true, and the proportionate, which lies within the souls of those who perceive it. Landscapes are, therefore, objects that require cognition to be conceived, which provide justification for the scientific approaches that investigate them and for the knowledge that individuals obtain from them.

■ [Palabras claves] Epistemología; Estética; Platón; Idea; Modelo ideal

■ [Key Words] Epistemology; Aesthetics; Plato; Idea; Ideal model

Recibido 22/06/2025 / Aceptado 22/12/2025

1. Introducción

El concepto de paisaje ha cobrado relevancia durante esta última década en disciplinas tan diversas como la arqueología, la biología o el derecho civil, amén de la historia del arte, la arquitectura o la ecología, donde uno esperaría encontrarlo habitualmente. Esa ubicuidad disciplinar del paisaje puede explicarse por su polisemia, lo que le permite ser utilizado como una poderosa herramienta heurística contemporánea. Se puede entender el paisaje, en términos generales, como porciones territoriales donde convergen percepciones y sentires, originados por interrelaciones tangibles e intangibles únicas para cada sujeto que las contempla; o bien como un concepto teórico dependiente de una comunidad epistémica que puede representarse como unidades o teselas; e incluso como un laboratorio vivo donde seres bióticos y abióticos constituyen complejos sistemas en territorios delimitados. Estas aproximaciones conceptuales no solo dependen de los individuos o de la formación epistémica de los científicos que las conciben, sino también de una larga historia del concepto, que expresa una lenta, pero constante acumulación de usos y sentidos del mismo en diferentes contextos.

Mihal Orihuela (2018, p. 45), por ejemplo, afirma que los orígenes del concepto se remontan, en Oriente, a la China del siglo III d.C., donde distintos pictogramas utilizados en poesía remitían a experiencias subjetivas de emoción y arrobamiento ante la contemplación de un determinado territorio (Navarro Bello, 2004, p. 14), y en Occidente, al Renacimiento, fundamentalmente a partir de distintas innovaciones en el campo de la pintura, donde los temas religiosos ceden protagonismo a nuevos motivos, entre los cuales se muestra una mirada o “golpe de vista” hacia el exterior, hacia las inmensidades que el ojo es capaz de contemplar y que se comienza a denominar como “paisaje” en distintas lenguas.

A partir del siglo XIX, con la emancipación y el desarrollo de las distintas ciencias, y en particular con los adelantos de la geografía, el concepto adquiere nuevas características. No solamente consiste en una representación visual sobreimpuesta a un determinado territorio, como la pintura renacentista burguesa lo había propuesto desde el ámbito urbano al concebir el rural; la naciente ciencia geográfica inscribe en el concepto una connotación también representativa, pero que tiene en cuenta la intervención humana en la conformación del territorio otrora virgen (Souto, 2011).

Durante el siglo XX, las aportaciones de las escuelas alemana, francesa y rusa permitirán el desarrollo de interpretaciones cartográficas, orográficas, zoológicas, botánicas, entre muchas otras, cada vez más precisas. Dicha precisión incide en la toma de decisiones de los distintos Estados nacionales, en la extracción de recursos, en la distribución demográfica planificada en cada uno de los territorios y en la creciente importancia que la relación cultura-naturaleza va cobrando.

A nivel teórico, se comienza a discutir con mayor interés y profundidad el grado de determinación que una puede ejercer sobre la otra. El paisaje característico de una determinada región se concibe como la delicada y compleja relación entre las condiciones materiales de tal región y el desarrollo civilizatorio específico de los grupos humanos que lo habitan y transforman (Galimberti, 2013).

Hacia la década de 1930 surge en distintos países la Ecología del paisaje como un esfuerzo interdisciplinario encaminado, sobre todo, a la gestión de los territorios con enfoques basados en la investigación sociológica, geomorfológica y climatológica. Su aportación reside en la construcción científica de criterios de gestión de los territorios, en los que tanto los grupos humanos como los nichos ecológicos alcancen un equilibrio que permita a ambos medrar a lo largo del tiempo y, en caso de no poder hacerlo, determinar con suficiente antelación las causas de los posibles desequilibrios y las acciones conducentes a remediarlos (Togashi, 2009).

Con el paso del tiempo y llegando hasta nuestros días, se han incorporado nuevos criterios, dimensiones y matices al concepto de paisaje. Uno de ellos, por ejemplo, es el de su carácter procesual, más que el que prevalecería durante el apogeo del estructuralismo durante la segunda mitad del siglo pasado, consistente en el énfasis sincrónico de dicho enfoque. El paisaje posee una historicidad que debe ser analizada y explicada. El cambio es fundamental para la comprensión de la relación entre territorio y cultura (Navarro Bello, 2004).

Actualmente, podemos afirmar que existen fundamentalmente dos direcciones hacia donde apunta la reflexión sobre el concepto de paisaje: una hace énfasis en las consideraciones socio-históricas del concepto, y tiene sus principales exponentes entre arqueólogos, historiadores y, en general, investigadores provenientes de las ciencias sociales. En dicha perspectiva cobra gran peso el punto de vista, la subjetividad de los actores involucrados dentro de su propio paisaje y, por tanto es importante para la toma de decisiones respecto de sus problemáticas. La otra, enfatiza los aspectos ecológicos, biológicos, ambientales y geográficos del mismo. Sus principales representantes remiten a las ciencias que solemos llamar naturales y, aunque las voces de los actores también tienen cierta relevancia dentro de esta perspectiva, en ella se suelen enfatizar sobre todo los “datos duros” (Mihal Orihuela, 2018, pp. 48-49).

Dentro de este debate, inscribimos esta reflexión como una posible contribución desde la filosofía.

Es fundamental señalar que, en Platón, ni el concepto o conceptualización del paisaje existen como tal pues evidentemente nuestro filósofo no discutió estos temas, y se es consciente de que existe la posibilidad de que forzar la aplicación de este andamiaje categórico-conceptual puede resultar anacrónico. Por ello, queremos enfatizar que las siguientes reflexiones deberán entenderse como apropiaciones contemporáneas de ciertas ideas del filósofo que podrían ser fecundas en la actual discusión sobre el polisémico concepto de paisaje.

A partir de lo anterior, podemos decir con Platón: “Me gusta aprender. Y el caso es que los campos y los árboles no quieren enseñarme nada; pero sí, en cambio, los hombres de la ciudad” (Fedro, 230d). Por consiguiente, el objetivo central del trabajo es precisamente explorar la posibilidad de construir una conceptualización de paisaje entendida como experiencia estética territorial, utilizando la racionalidad platónica como origen de la reflexión. La intención es establecer un diálogo entre concepciones que se inscriben en el debate contemporáneo sobre paisaje y examinar los principales conceptos de la filosofía platónica para proponer una perspectiva integradora.

Platón favorece los universales sobre los objetos particulares, atribuyendo a lo universal lo infinito y lo perfecto. Por ende, si la base ontológica se sustenta en universales, la epistemológica también, puesto que "...aquellas cosas que son comunes a todas y están igualmente en la parte y en el todo, no se pueden concebir sino adecuadamente" (Spinoza, 2000, p.105). Si el mundo está hecho a partir de formas puras eidéticas, el conocimiento absoluto y verdadero está dentro de estas mismas, no de lo que se hizo mediante su uso.

Al tomar los elementos ontológicos fundamentales de la filosofía platónica se podría argumentar que el paisaje como representación de la realidad en el mundo sensible participa como una copia/imitación de la idea verdadera, que se presenta y está en comunión, a pesar de yacer en el mundo inteligible de las formas o ideas como un modelo. En este aspecto, el paisaje que se interpreta a partir del mundo sensible es un medio para acceder al concepto ideal puro, donde se concatenan lo verdadero, lo bueno, lo bello y lo matemático. Por tanto, el orden lógico para la construcción de un concepto desde esta postura requiere pasar por la empiría, mediante la opinión/doxa, posteriormente se debe articular en la razón por la episteme, para en última instancia sistematizar y conceptualizar el paisaje. Esa será la ruta expositiva.

2. Horizonte entre lo sensible y lo ilusorio

"¿Cómo, pues, podríamos conseguir un conocimiento sólido de lo que no tiene consistencia alguna?" (Filebo, 59b). Nosotros estamos en contacto solo con el mundo sensible y todo cuanto acontece en nuestro entorno está mediado por un proceso sensitivo, de manera que las sensaciones dan la impresión de totalidad; es decir que, por lo regular, de manera intuitiva, pensamos que el mundo sensorial es todo lo que hay. Para Platón ese es el primer error que cometemos en el largo camino del conocimiento. Esto no quiere decir que la materia, el objeto de nuestros sentidos, sea inservible porque "...en cuanto que es cuerpo, no es ni bueno ni malo" (Lisis, 217b), es el medio de interacción. De manera que las sensaciones dan la impresión de que en el mundo sensorial "...ninguna cosa tiene un ser único en sí misma y por sí misma, sino que siempre llega a ser para alguien" (Teeteto, 157b), así pues, el descubrir un sentido es descubrir, a la par, el sentido de quien los usa (Cármides, 15a-e). Este problema, más que epistemológico, es lingüístico, porque los sujetos se han "...visto obligados a utilizar esta palabra [es/ser] por costumbre e ignorancia" (Teeteto, 157b). Las sensaciones nos brindan información, pero no toda la información posible sobre el mundo; por ello, para Platón, el conocimiento que proporcionan los sentidos es fundamentalmente inexacto; por más que se preste atención a sus datos inmediatos, sigue siendo algo que corresponde a un engaño sensible, una apariencia ilusoria de las esencias verdaderas de las cosas, que son algo que no muta, que permanece eternamente en su forma pura y verdadera.

Las sensaciones no buscan un conocimiento por el hecho de conocer. No hay una sensación que se sienta a sí misma y a las demás. En Platón, las sensaciones deben ser entendidas dentro de un mundo sensorial que nos brinda información de la materia en cuanto afecta nuestra parte también material, como un conocimiento a posteriori de la esencia que yace aprehendida dentro de todos los entes. Pese a las limitaciones de los sentidos, Platón hace énfasis en la importancia de estos como medios de interacción del entorno: a causa de que todo

es siempre entendido por el prisma corpóreo, los sentidos son únicamente las aberturas que nos enfrentan, en esa frontera imprecisa, a lo que siempre insuficientemente intuimos (Fedro, 250a-d).

De acuerdo con la constitución corpórea mítica platónica, los primeros órganos sensoriales que construyeron fueron los ojos:

... afirmo que este es el mayor bien de los ojos. [...] la visión fue producida con la siguiente finalidad [...] para que la observación de las revoluciones de la inteligencia en el cielo nos permitiera aplicarlas a las de nuestro entendimiento, que les son afines, como pueden serlo las convulsiones a las imperturbables, y ordenáramos nuestras revoluciones errantes por medio del aprendizaje profundo de aquellas, de la participación en la corrección natural de su aritmética y de la imitación de las revoluciones completamente estables de dios (Timeo, 47b-c).

Para nuestro filósofo, la vista es el más importante de todos los sentidos. Asimismo, la audición ocupa un lugar importante en el proceso de conocimiento, pues los cuerpos móviles se encuentran principalmente en estos dos sentidos (Timeo, 64b-d). En el caso de la audición, no da una explicación tan detallada como lo hace con el de la visión, pero enfatiza su relación causal próxima al razonamiento de la visión, ya que ambas fueron creadas con la finalidad de ser preámbulo del conocimiento. Platón es enfático en que lo obtenido puramente por los ojos y oídos está lleno de engaños, pero son los únicos caminos, a través del mundo sensorial, para lo inmutable, capaces de llegar al placer de lo bello (Hippias Mayor, 298a-b).

La belleza visual y auditiva aludida es parte de un conjunto, como un aspecto de una realidad inseparable e indisoluble entre lo bello, lo proporcionado y lo verdadero (Filebo, 65). La proporción, nos dice, se encuentra intrínsecamente alojada dentro de lo bello y lo verdadero; la belleza, desde un punto de vista estético, es la relación del mundo sensible a través del orden, la geometría y la simetría de la materia con el mundo de las formas; lo verdadero, desde una perspectiva epistemológica, sería a su vez la proporción del conocimiento de la esencia del mundo trascendental en el mundo sensible. Es importante hacer énfasis en que la belleza es igual a lo bueno y a lo verdadero en la racionalidad platónica, y por ello se llama tripartita. Esta estructura tripartita guarda también una relación directa con lo racional y con lo trascendental que, aunque en un principio no se pueden "percibir" directamente, solo con un esfuerzo cognitivo pueden llegar a ser accesibles a la vista y la audición mediante nuestro cuerpo sensible.

Durante la contemplación de la belleza con la vista y el oído, también se gestan sensaciones agradables que intrínsecamente llevan a estímulos que se vuelven placenteros; dado que lo agradable es causado por lo bueno, así el placer está subordinado a lo bueno (Gorgias, 506d). Cabe señalar que lo bueno y lo bello se entienden en el mundo sensible a través de percepciones. Puesto que "...es bueno, porque nos esforzamos por ello, lo queremos, apetecemos y deseamos" (Spinoza, 2000, p.134). En el mundo sensorial, lo que se entiende por bueno/bello, sin el uso de la razón, nunca podrá ser percibido "...de la misma manera, ya que a otra cosa le corresponde otra percepción, y a la persona que percibe la modifica y la hace distinta" (Teeteto, 160a). En el mundo sensible se dice percibir lo bueno/bello de un paisaje como una cualidad de la materia, sin entender que

esto es una cualidad de las formas, porque la percepción y la razón no son la misma cosa, porque nada semejante a lo imperfecto llegaría a ser bello por sí mismo (Timeo, 30c), sino hasta que es aprehendido como forma es que se acercará a lo bueno, proporcionado y verdadero, en plenitud total.

El pensamiento platónico sostiene que los entes, en cuanto son adecuados, siempre son bellos, pero lo que nunca será bello es el arte y todo proceso de creación humana que imite el mundo sensible, por ser el arte una copia en tercer grado del mundo inteligible (República X, 601). En efecto, si trasladamos esta idea a una reflexión contemporánea, podemos pensar que, en la sociedad actual, que se halla subsumida en una constante sobreestimulación, estamos inmersos casi todo el tiempo en cuestiones banales a las que les adjudicamos objetividad, cayendo en el error (muchas veces lingüístico, inclusive) de atribuirle ser a las cosas virtuales que percibimos como reales. Por lo que fortuitamente creemos que somos entes capaces de realizar semejante acción, sin entender que es inalcanzable para nosotros. Por ejemplo, el pintor:

...no imita lo que existe en la naturaleza, sino las obras de los artesanos [o del demiurgo], y no como estas son [...] no es la imitación (pues el artesano también imita), sino la distancia frente a la idea, la verdadera realidad: la pintura es imitación de una apariencia, [...] en tanto que imitador el pintor no conoce su objeto, sino solo apariencias (Mas-Torres, 2003, p.58).

Aquí se alude a un problema de fondo, pues, según Platón, las obras de los artistas están plagadas de devenir, hechas por y con materia mutable al igual que no buscan ni dan pista de las formas. Insinúan múltiples significados, induciendo múltiples percepciones, desvirtuando lo verdadero hasta hacerlo desaparecer. No obstante, Platón no niega que se encuentre placer, ni desacredita la existencia de este en sus obras, ya que:

...son imitadores de imágenes de la excelencia y de las otras cosas que crean, sin tener nunca acceso a la verdad; [...] el pintor, al no estar versado en el arte de la zapatería, hará lo que parezca un zapatero a los profanos en dicho arte, que juzgan solo en base a colores y a figuras (República X, 601a).

Estas imágenes evocan un complejo desencadenamiento de sentimientos y emociones en nuestro cuerpo, en tanto es materia, que a su vez debilita el elemento racional que los domina por ser falaces. Puesto que "la falsedad consiste en la privación del conocimiento que implican las ideas inadecuadas o mutiladas y confusas" (Spinoza, 2000, p.104). Si bien el arte emerge de la idealización como una construcción mental de ideas adecuadas o no, sigue siendo algo distinto de la realidad material, pero de cierta forma necesaria para la comprensión de los fenómenos.

Si el mundo sensible se compone puramente de imágenes deviniendo a cada instante, es lógico que solamente sea posible dar opiniones; que son "...una representación subjetiva, un pensamiento cualquiera, una figuración, que en mí puede ser así y en otro puede ser de otra o de otro modo: una opinión es un pensamiento mío, no un pensamiento general" (Hegel, 1981, p.18). La opinión es una facultad nuestra y nos permite juzgar las imágenes. A pesar de que esta opinión siempre sea percibida como algo totalmente real para el opinante, a veces, o la gran mayoría de las veces, se refiere a que "todo

lo que decimos es, necesariamente, pienso, una imitación y representación" (Critias, 107c).

Ya que parten únicamente de los datos empíricos, las opiniones deben ser tomadas como el punto de partida para llegar al verdadero conocimiento, pero no como el conocimiento mismo o como la única posibilidad de conocer algo. Este conocimiento prematuro es una suerte de punto intermedio entre sabiduría e ignorancia, una especie perpetuamente móvil que es concebida en un lugar determinado del espacio; esta opinión intermedia no es saber, a causa de ser una sensación sin razonamiento, por lo que no sería conocimiento, ni ignorancia, debido a que posee realidad (Banquete, 202a). La opinión o recta opinión sería muy similar a los individuos capaces de contemplar la multiplicidad de lo bello en los cuerpos, sin ser capaces de ver lo bello en sí, es decir, sin conocer la esencia de las cosas (República V, 479e). Porque, como se ha mencionado, la recta opinión es la estadía intermedia, "su ser es, pues, fronterizo, su realidad inmanente y, en cierto sentido, trascendente; nos ata a la visión del instante, y nos traspasa también hacia ese deseo [...] que los ojos aprehenden" (Fedro, 250d).

De manera que, en el caso de conceptualizar un paisaje por medio del fenómeno que vive del mundo sensible, nos encontramos limitados en un primer momento por la opinión. Si bien esta no es falsa, tampoco es verdadera, y si lo fuera, con ella solo se describirían particularidades del paisaje, sin llegar a lo bello en sí de este, a la esencia. Es decir, nuestra percepción de lo bello de un territorio determinado es incapaz de captar en totalidad la belleza tripartita ahí presente. Hasta este punto, es evidente que el paisaje vislumbrado no podría ser conceptualizado desde una postura meramente empírica, pues la experiencia es el horizonte difuso entre el conocimiento y la ignorancia; su máxima posibilidad son las opiniones.

Hasta este punto de nuestra reflexión, podemos ver que la conceptualización del paisaje con los postulados de Platón es, por tanto, excluyente. El vulgo solo puede aspirar a opinar sobre el paisaje, pero nunca a conceptualizarlo. ¿Qué implicaría dar el paso hacia el concepto de paisaje? La línea divisoria entre la opinión y el conocimiento de la verdadera realidad queda tajantemente delimitada, porque lo cognoscible y lo opinable no son lo mismo. Por tanto, la pregunta por resolver es ¿cómo nos es posible realmente conocer?

3. La episteme, conducto para el concepto del paisaje

Para Platón, la realidad del mundo está en las ideas, que son inteligibles e incorpóreas, y de las cuales solo captamos sus imitaciones a través de los sentidos mediante experiencias. Es decir, la "realidad" sensible es una copia deformada de la verdad, separada de la esencia.

Desde la perspectiva platónica, el alma es lo único capaz de acceder al conocimiento verdadero. Por esta causa es "...que el alma es [el] único ser al que le corresponde tener inteligencia" (Timeo, 46d-e), su carácter es "...inmortal y jamás perece" (República X, 608d), dota a los entes vivientes de vida y movimiento. Ella es "...lo más semejante a lo divino, inmortal, inteligible, uniforme, indisoluble y que está siempre idéntico consigo mismo" (Fedón, 80b). El filósofo deja así establecido que, a causa de nuestra materialidad corpórea, el hombre es capaz de conocer solo el devenir de los cuerpos a través de los sentidos;

pero gracias al alma, mediante la razón, el hombre participa del conocimiento más prístino, es decir, de la esencia de las formas o ideas.

Platón esboza todo un sistema basado en el hecho de que existe o, al menos, debería existir un alma que busca conocer esencias, estableciendo el carácter trascendente del conocimiento, dado que todo conocimiento tiene un objeto que se quiere conocer y el sujeto que lo aprehende. Esta dualidad entre el sujeto y el objeto equivale a la realización de un proceso eterno e infinito, para que el alma logre descubrir completamente las ideas. Al conocer la esencia de los objetos se logra un acoplamiento sublime y divino entre lo que realmente es con el alma. Se postula una intuición espiritual prístina y profunda, al afirmar que las ideas se aprehenden inmediatamente, al abundar en la vida cotidiana las intuiciones no sensibles que nos brindan información de la verdad. El alma se alimenta de la verdad, a través de "...ciertos ensalmos y estos ensalmos son los buenos discursos" (Cármides, 157a). En estos discursos se erige una conexión lógica de los conceptos entre sí. Al ser los conceptos las acciones del alma para conocer, se fijan las relaciones de subordinación, así como de coordinación, de todos los conceptos, que establecen entre ellos la división de los géneros en especies y la posible reducción o no de estos, a causa de que todos los discursos, como los conceptos, necesariamente deben partir de la verdad.

El primer paso para conocer la verdad es considerar las cosas en sí y por sí mismas, para considerarlas directamente en su universalidad como totalidad, sin acudir a ninguna circunstancia, ejemplo o comparación, sino solo tener delante de sí las cosas y llevar directamente la esencia a la conciencia. Un proceso de abstracción pura que no todos somos capaces de realizar, a pesar de que todos contamos con un alma que tiene impulso hacia lo bueno, lo verdadero y lo proporcionado. No obstante, hay sensaciones que no solo son propias de la corporeidad, sino que trastocan al alma misma:

...los accidentes que en todo momento experimentamos según el cuerpo, unos se agotan en el cuerpo antes de llegar al alma, dejándola insensible, mientras que otros penetran a ambos y provocan una especie de sacudida propia y a la vez común a uno y otra (Filebo, 33d).

Se entiende que a ese movimiento le denomina sensaciones asequibles al alma, dado que existen objetos cuyo estímulo tienen tal magnitud que incitan al alma a pensar, mientras otros no generan la excitación de la inteligencia para aprehenderlos. Platón deja establecido que el tránsito para el conocimiento de lo verdadero no se aleja de las sensaciones a las que el alma puede acceder. El entendimiento de la verdad absoluta se consume en el diálogo interno del alma consigo misma, en la que formula preguntas y ofrece respuestas. El entendimiento del alma se comprende como el juicio donde el objeto/ente a conocer no precisa de predicados, sino que será aprehendido directamente de lo sucedido en la realidad, para luego ser comprendido. Las conjeturas analizadas por el entendimiento son un vaivén de contrarios que resultan en un encuentro de argumentos. Este encuentro es la dialéctica: "...el coronamiento supremo de los estudios, y que por encima de este no cabe [...] ningún otro" (República VII, 534e), es el esfuerzo más puro del pensamiento, convirtiéndola en una actividad que se aplica a los objetos por conocer, "...su producto es lo universal; por consiguiente, este universal es lo que constituye el fondo

mismo, la esencia íntima y la realidad del objeto" (Hegel, 1981, p.21). La dialéctica es capaz de captar lo real e inteligible, pues parte de principios y no de supuestos. Examina la realidad minuciosamente y de ella extrae principios universales despojados de todo estímulo sensorial.

La dialéctica es el método de la episteme, o sea, de la noesis y la diánoia platónica. Además, según Platón, el lenguaje del mundo sensible e inteligible es matemático, por lo que la doxa, por principio, queda incapacitada para comprenderlo debido a que la matemática que utiliza está alimentada por los sentidos. De manera que el opinar se limita por la matemática misma, es decir, no irá más allá de ciertos rudimentos aritméticos en el mejor de los casos; sin embargo, en la episteme se es capaz de leer el lenguaje matemático del mundo inteligible por medio de la dialéctica, al igual que la matemática misma:

...si alguien capta alguna vez una unidad, no debe ese mirar inmediatamente a la naturaleza de lo ilimitado, sino hacia un número, así también al contrario cuando uno se ve obligado a captar primero lo ilimitado, no debe pasar inmediatamente a la unidad, sino también a un número que permita concebir cada multiplicidad y acabar al final del todo en la unidad (Filebo, 18b).

La única manera que encuentra Platón para salvar el estudio de lo empírico de la mera opinión es el uso de las matemáticas; ellas constituyen el puente entre ambos mundos; son la base fundamental del largo y necesario camino para acceder a la dialéctica, pues "...el número está en el medio entre lo sensible y el pensamiento" (Hegel, 1968, p.188). Con las matemáticas es posible sustentar los fenómenos más sencillos de la existencia hacia los atributos reales, verdaderos, proporcionados y bellos sobre los que descansan las ideas. Platón asume las matemáticas como las únicas capaces de realizar abstracciones reales en el mundo sensible, puesto que la dialéctica y la matemática progresan deductivamente a partir de principios sobre cuya evidencia hay consenso. Las matemáticas pueden fomentar el pensamiento discursivo, mas no la inteligencia (República VI, 511a-e). Si bien la matemática es parte fundamental del universal, la inteligencia se encuentra solo en las formas, como una intuición pura de los universales a los objetos sensoriales, por tanto, las matemáticas y el pensamiento discursivo son el puente y la unión, mas no el fin. De ahí se entiende que el alma está escrita en lenguaje matemático, pero no es así. El entendimiento del alma aprehende formas y es capaz de utilizar la matemática como un lenguaje para llegar a la comprensión mediante la traducción del mundo sensible al inteligible o viceversa.

Para Platón existe en la matemática una dimensión estética que la acompaña y una dimensión ética que la completa. Esto quiere decir que las matemáticas, para constituirse en conocimiento verdadero, deben siempre estar inscritas en una práctica, en una acción, encaminada hacia la búsqueda desinteresada del bien, pues conducen de igual manera a la belleza. En consecuencia, ni el conocimiento, ni la práctica del bien, ni la contemplación de la belleza son actividades independientes unas de las otras, sino que conforman una totalidad epistémica-ética-estética. Así esta relación:

...en primer lugar, existe siempre y ni nace ni perece, ni crece ni decrece; en segundo lugar, no es bello en un aspecto y feo en otro, ni unas veces bello y otras no, ni bello respecto

a una cosa y feo respecto a otra, ni aquí bello y allí feo, como si fuera para unos bello y para otros feo [...] sino la belleza en sí, que es siempre consigo misma específicamente única, mientras que todas las otras cosas bellas participan de ella de una manera tal que el nacimiento y muerte de estas no le causa ni aumento ni disminución, ni le ocurre absolutamente nada (Banquete, 211a-b).

La inteligencia da la pauta para entender que "...la medida y la proporción [en estas] coinciden en todas partes con [la] belleza y perfección" (Filebo, 64-65), pues son partícipes de ella. Deja en claro que la matemática participa de lo bello mediante la proporción, la medida y la verdad; resulta entonces que la naturaleza de lo bello es potencialidad del bien, al ser lo bello igual que lo bueno.

Queda definir la relación entre lo bueno y lo inteligible. El bien en el mundo inteligible depende de la idea suprema del Bien, que parte del entendimiento, que es lo más sublime a lo que la razón accede (República VI, 505), volviendo relevantes a las virtudes. La virtud queda ligada indisolublemente con la ciencia y el conocimiento de la verdad absoluta, ya que para ser capaces de conocer cualquier cosa es esencial ser prudentes. Para Platón, la prudencia es una virtud intrínseca a aquel que busca la verdad. Lo más bello es lo más sabio, y lo más sabio es lo más virtuoso; y dado que el conocimiento es capaz de gobernar al hombre, al conocerse a sí mismo no será dominado nada más que por aquello que su conocimiento le dicta (Carta VII, 343-344). Prudencia, justicia, sensatez y demás virtudes auxilian a las personas en la búsqueda de la verdad absoluta. El conocimiento del bien mediante las virtudes no es más que la alusión del conocimiento del individuo mismo, resulta bueno y bello; y, en consecuencia, verdadero. La verdad, finalmente, consiste en la correspondencia entre el pensamiento y la realidad.

Una vez realizada esta breve revisión de los puntos relevantes de la epistemología platónica, se puede afirmar que, para acceder a la conceptualización de paisaje en cualquier ciencia, de acuerdo con los postulados platónicos, es necesario conducir los sentidos y la información que ofrecen a partir del itinerario que la razón ofrece. Este itinerario, fundado en el modelo lógico de la dialéctica y de las matemáticas, que persigue la esencia de las cosas, se erige como la guía a partir de la cual se está en condiciones de abordar el problema de la conceptualización del paisaje.

4. Conceptualización del paisaje en Platón

Para conceptualizar adecuadamente el concepto de paisaje es necesario definir y limitar lo que representa. Si bien no en todos los autores existe un consenso claro (Roger, 2013; Martínez de Pisón, 2009; Maderuelo, 2013; Álvarez Munárriz, 2015) para hablar de manera explícita del territorio y su relación con la percepción, si lo hacen implícitamente, porque el paisaje requiere un sujeto y un lugar para conceptualizar el paisaje. Para fines de la presente investigación se consideraron las siguientes definiciones: (I) el Convenio europeo del paisaje (2000), que establece que el paisaje es "cualquier parte del territorio tal como la percibe la población, cuyo carácter sea el resultado de la acción y la interacción de factores naturales y/o humanos"; y (II) así como la aportada por Covarrubias, que dice que paisaje es "...la experiencia estética del sujeto con el territorio" (Covarrubias-Villa y Cruz-Navarro, 2019, p.97).

Así pues, la representación del paisaje conjuga un elemento subjetivo (percepción del individuo) y otro objetivo (el territorio). Pero ¿qué hace que un sujeto o grupo de sujetos perciban un territorio y lo definan como paisaje? La respuesta es compleja. En primer lugar, tiene que haber un territorio que sea percibido como agradable a quien lo observa, es decir, bello (Gorgias, 506d; Filebo, 33d). Por tanto, hablar de paisaje es hablar de territorios que son bellos. Pero para hablar de territorios bellos desde una perspectiva platónica es necesaria, como vimos en los apartados anteriores, la episteme, que devendría en territorios con belleza tripartita, es decir, que serían territorios buenos, proporcionados y verdaderos.

Así podríamos entender al paisaje como un fenómeno de contemplación de lo bello. Esta contemplación requiere como medio un lugar determinado donde se concatenan lo real, lo imaginario y lo simbólico, o sea, el territorio. Este deviene en un estímulo externo que se vuelve más que un simple aspecto físico de la realidad, porque constituye el ámbito de aprehensión de los sujetos en un sistema cultura-naturaleza, lo que puede conducir, a quien contempla ese territorio, en una sensación bella asequible.

Desde Platón, la contemplación de lo bello es la contemplación de lo bueno. Y lo bueno yace en la idea pura del bien, que es tripartita: proporcionada, bella y verdadera. En esa lógica, la contemplación de lo bello es la contemplación de la verdad, dada por el conocimiento de las formas o el acercamiento a ellas a través de la razón; esto sería la contemplación de lo bello por excelencia.

Al conocer se accede a lo que participa de la idea pura del bien, de lo que está en comunión con tal idea; pero también, donde se presenta lo bello, debido a que la expresión máxima de lo bello está en el conocimiento de la verdad. La contemplación de lo bello es la contemplación de la verdad mediada por el conocimiento. Esta contemplación varía dependiendo del grado de conocimiento del sujeto. Se comienza siempre desde la opinión/doxa hasta acceder a la idea más pura posible, mediada por la episteme, puesto que cada uno son modos distintos para conocer la verdad a través del alma.

Así el que contempla la verdad de un territorio debe superar la doxa, el conocimiento limitado al mundo sensorial, y esforzarse por alcanzar la noesis (vía la episteme), es decir, la forma pura de paisaje, en este caso. Pero, este proceso de contemplación de la verdad plantea la siguiente pregunta: ¿Existe entonces una estratificación en cuanto a la verdad contemplada? La respuesta es no, porque todo "...el conocimiento, la inteligencia, la opinión verdadera [...] todo ello debe considerarse como una sola cosa, que no está ni en las voces ni en las figuras de los cuerpos, sino en las almas" (Carta VII, 342c-d). No existen grados de verdad, de belleza, lo bello es siempre bello. No obstante, la opinión no es verdadera ni falsa, por lo que no está ni cerca o lejos de la contemplación de la verdad absoluta. Lo que sí puede llegar a existir es el grado de placer y/o excitación obtenida a través de la contemplación, debido a que, entre más cerca se encuentre el sujeto de la verdad que yace, como decía el filósofo holandés Baruch Spinoza, en el tercer género de conocimiento (similar a la noesis), mayor es el placer obtenido: "La suprema virtud del alma es conocer [...] quien conoce las cosas con este género de conocimiento, pasa a la suprema perfección humana y, por tanto, es afectado por la suma alegría" (2000, p.259).

Es importante destacar que el conocimiento obtenido con la opinión no involucra un conocimiento abstracto que se lleva enteramente en la conciencia. En cambio, el conocimiento generado por un proceso dialéctico que lleva a la episteme está más cerca de la idea pura. Lo anterior se debe a que el conocimiento de las formas puras procede de las ideas adecuadas de algunos atributos universales, dirigidos al conocimiento propio de la esencia de las cosas mismas. La contemplación de lo bello en un territorio determinado, al estar mediada por un modo de conocer concreto, conlleva a que los sujetos viertan los contenidos de su alma en él. Dicho de otra manera, el alma es sujeto de sensaciones que la “estremecen” debido a que comprende que no hay diferencia alguna entre los conocimientos que contiene y lo que observa como un reflejo de las formas.

Lo que el alma contiene son modelos puros de conocimiento, una completa idealización del alma, que le ayudan a comprender las pistas que yacen en el devenir para llegar al entendimiento de las ideas. Lo anterior sería un proceso inmanente, porque resulta a partir de los contenidos del alma y las características físicas del sujeto, quien delimita en un inicio un territorio con su vista, unificándolo posteriormente. Sin embargo, es también trascendente al mismo tiempo, pues el territorio es externo al sujeto, así como el modelo ideal que se tiene; si bien inicia con los contenidos de su alma, estos son parte de las formas puras que están fuera de la misma y que busca aprehender.

Es imperioso delimitar cada uno de los tipos de conocimiento para comprender los alcances de la contemplación de la verdad vertida en los paisajes; así, a cada género le correspondería una experiencia contemplativa muy particular, al igual que limitaciones propias de estas. Los conocimientos generados a partir de ciertos territorios no darían pauta para la generación de paisajes por los sujetos, pues no toda verdad conocida se ve reflejada en el territorio. Los conocimientos de los sujetos deben verse reflejados en los territorios estudiados, puesto que

...no solo vemos los paisajes que queremos, sino también los que estamos condicionados a ver, que no cuestionan o irrumpen con el concepto socialmente construido de paisaje en nuestra conciencia, así como las categorías con las que nos interrelacionamos y visualizamos al mundo (Ramírez-Herrera, 2023, p. 137).

Lo que llevaría a preguntas complejas: ¿Todo conocimiento científico alcanzaría la contemplación de la verdad? ¿Todo territorio puede ser paisaje en la medida que sujetos se sometieron a experiencias puramente cognitivas de estos? ¿Toda investigación que se haga y que tenga por objeto de investigación un componente del territorio alcanza la verdad, y por tanto la contemplación de esta?

Platón sostiene que solamente los sentidos de la vista y la audición son capaces de acceder a la belleza sensorial, por ser los únicos capaces de apreciar la verdad, proporción y orden. La belleza que cada uno capta es propia para ellos, pero es a la vez común para los dos. Si para designar un paisaje es necesario contemplar la verdad del paisaje (entiéndase por contemplar la verdad como contemplación tripartita: bella, proporcionada y verdadera) y este inicia con el acceso a la belleza sensorial por medio del oído, ¿es posible la contemplación de la verdad en paisajes sonoros o auditivos? Si los paisajes son modelos ideales que yacen en el pensamiento mediadas por la vista, los paisajes

sonoros serían, de igual manera, modelos ideales, pero ahora la mediación sería por la audición. La respuesta lógica es sí, pero no debe entenderse el paisaje sonoro como la contemplación de una melodía armónica que se escucha de fondo en un territorio determinado, o como una transformación total de un territorio y todo lo que lo conforma a sonido. El paisaje sonoro lo sería en tanto pertenece a un territorio que es cognoscible y en cuanto se conoce, pues solamente así existiría una contemplación de la verdad¹.

En otro orden de ideas, Platón niega la existencia de “...cosas que podrían parecer ridículas, tales como pelo, barro y basura, y cualquier otra de lo más despreciable y sin ninguna importancia” (Parménides, 130d). Reconoce su existencia en el mundo sensorial, pero la existencia de una forma de ellas sería un absurdo. Puesto que las formas son la perfección absoluta, se vuelve un absurdo la generación de las formas de las cosas imperfectas; estas cosas indeseables serían lo más alejado de las formas puras. La negación de estas cosas insignificantes o indignas es fundamental para una conceptualización del paisaje, porque los paisajes como modelos ideales representan las formas perfectas. Sin embargo, al comparar un modelo ideal inmutable y perfecto con el devenir que está forzosamente en constante cambio, el segundo no permanecería como una imagen del primero, pues el segundo tiene la cualidad del tiempo y el primero es atemporal, así como sempiterno. Los territorios pueden verse plagados de cosas insignificantes, alejándolos en gran medida de la forma, por lo que puede hablarse de una degradación de la imagen respecto de la idea. La interrogante con base en este fundamento es si ¿existe un paisaje perfecto?, entendiéndolo por perfección² una imagen lo más prístina posible e idéntica a la idea, y por degradación del paisaje a un territorio que ha perdido atributos propios de su modelo ideal.

Es indudable que habrá quienes cuestionen que el problema de una conceptualización del paisaje, mediante la contemplación de la verdad, que involucra el conocimiento, no sería en tanto si es o no paisaje, sino si es o no conocimiento. Spinoza elimina fácilmente esta preocupación, pues “...toda idea, que en nosotros es absoluta o adecuada y perfecta, es verdadera” (2000, p.103). El conocimiento impacta directamente a nuestra percepción, la amplía, con el entendimiento y muestra la auténtica naturaleza de los territorios que resulta en la contemplación de la verdad. Los paisajes no están limitados a simples entidades físicas, sino que encarnan en gran medida significaciones y verdades complejas, pues siempre habrá más en ellos de lo que parece y su esencia solo puede entenderse a través de la contemplación de sus complejas interrelaciones causales.

1 Por ejemplo, el sonido emanado en un territorio dado donde predominen sonidos de aves, si es escuchado por un ornitólogo, este activará inconscientemente los referentes propios de los conocimientos que le evocan los sonidos, como la distribución geográfica territorial del ave, el tipo de ecosistema que habita y el conjunto de los conocimientos relacionados, o no necesariamente, con su especialidad. Lo anterior ocasionaría que se geste un modelo ideal en su pensamiento, en el que se contenga un territorio determinado que evoque una experiencia contemplativa de la verdad conocida, lo más cerca de la forma pura posible.

2 Algunos autores utilizan el concepto de calidad en el mismo sentido que aquí planteamos como perfección. La calidad del paisaje se utiliza sobre todo en contextos de ecología del paisaje, geografía del paisaje y arquitectura.

Con base en todo el andamiaje categórico-conceptual que se acaba de examinar es posible argumentar que los paisajes son los recordatorios de la conexión innata con lo divino, debido a que el entendimiento de la verdad absoluta reflejada en el paisaje aprehendido es tal que permite al alma experimentar sensaciones por haber vislumbrado nuevamente el mundo eterno. Por tanto, el concepto de paisaje en Platón involucra la contemplación tripartita de lo bello en el conocimiento, sea la forma pura, noesis, o lo más cercana a ella posible, diánoia. El paisaje entendido platónicamente despierta la razón, genera emociones y, lo más importante, satisface el deseo de conocer.

5. Consideraciones finales

Hemos visto que, al incorporar algunos elementos de la filosofía platónica a la reflexión sobre el concepto de paisaje, es posible enriquecer la comprensión de numerosos problemas en los campos de la geografía, la ecología, la antropología social, la arquitectura, entre otros. Así como los alcances que puede englobar el concepto de paisaje como una experiencia personal y cultural de las formas puras ocultas en la experiencia cotidiana. El paisaje, así, se convierte en una útil guía para entender, desde una perspectiva teórica, diversas experiencias que están por lo regular catalogadas como estrictamente artísticas y/o estéticas.

El primer acercamiento al paisaje siempre es empírico porque yace en la doxa/opinión, que es la herramienta base de la cual partimos para todo conocimiento posible. Pero en el ámbito de la investigación se requiere un esfuerzo cognitivo que permita el refinamiento conceptual para la construcción del conocimiento científico (episteme). No debemos olvidar que el paisaje construido mediante el entramado epistemológico platónico es un modelo puro en estricto sentido. Puede ser alcanzado por los sujetos que busquen la verdad tripartita (bueno, bello, proporcionado). Sin embargo, esa aspiración siempre será ideal, es decir, referida a una utopía, cuyo fin no es ser alcanzada, sino ser perseguida en el sentido de guía en la construcción de toda investigación en general, pero en particular paisajística.

Hemos intentado demostrar, mediante los postulados platónicos, que la contemplación de la verdad en un territorio podría enriquecer las posturas de ecólogos, geógrafos, antropólogos y estetas. En ese sentido, postulamos que en la aprehensión de paisajes se vierten los contenidos del alma de los sujetos, pues, más que conocer el paisaje, se conoce al sujeto que lo apropia y a la sociedad de la que emerge en su momento histórico determinado. Así, la contemplación de lo bello/verdadero desde esta perspectiva platónica podría brindar una justificación a las posturas "científicas" que investigan el paisaje, al requerir cognición para ser engendrados. Lo anterior sugiere, en consecuencia, que, como principio metodológico básico, el investigador se coloque como sujeto que contempla el territorio paisajísticamente.

6. Bibliografía

Álvarez Munárriz, L. (2015). Categorías clave de la Antropología. Signatura.

Arrillaga-Torrens, R. (1987). La naturaleza del conocer. Paidós.

Convenio Europeo del Paisaje. Florencia, 20 de octubre de 2000. Disponible en <https://www.mapa.gob.es/es/develop>

rural/planes-y-estrategias/desarrollo-territorial/convenio.aspx#:~:text=El%20Convenio%20Europeo%20del%20Paisaje,territorio%2C%20as%3%AD%20como%20en%20las.

Covarrubias-Villa, F. y Cruz-Navarro, M.G. (2019). La apropiación paisajística del territorio: una disputa epistemológica. *Cinta de Moebio* 64, 82-98. <http://dx.doi.org/10.4067/s0717-554x2019000100082>

Fürstenau Togashi, H. (2009). Interpretação da paisagem: uma tarefa interdisciplinar. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, (18), 71-81. <https://doi.org/10.15446/rcdg.n18.13021>

Galimberti, C. I. (2013). Paisaje cultural y región: una genealogía revisitada.... *GeoGraphos*, 4(54), 531-552. <http://dx.doi.org/10.14198/GEOGRA2013.4.54>

Hegel, G.W.F. (1968). *Ciencia de la lógica*. Solar/Hachete.

Hegel, G.W.F. (1981). *Lecciones sobre la historia de la filosofía*. Fondo de Cultura Económica.

Maderuelo, J. (2013). *El Paisaje. Génesis de un concepto*. Abada Editores.

Martínez de Pisón, E (2009). *Miradas sobre el paisaje*. Biblioteca Nueva.

Mas-Torres, S. (2003). *Historia de la filosofía antigua: Grecia y el helenismo*. Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Mihal Orihuela, G. (2018). Nociones de "paisaje" y "paisaje cultural". Un estado de la cuestión. *Pensum* 4 (4), 44-56. <https://doi.org/10.59047/2469.0724.v4.n4.22649>

Navarro Bello, G. (2004). Una aproximación al paisaje como Patrimonio Cultural, identidad y constructo mental de una sociedad. *Apuntes para la búsqueda de invariantes que determinen la patrimonialidad de un paisaje*. *Revista de Diseño Urbano y Paisaje*, 1(1), 1-14. <https://dup.ucentral.cl/pdf/6.pdf>

Platón (1985). *Diálogos I Apología, Critón, Eutifrón, Ion, Lisis, Cármides, Hípías Menor, Hípías Mayor, Laques, Protágoras*. Gredos.

Platón (1986). *Diálogos IV República*. Gredos.

Platón (1988a). *Diálogos III Fedón, Banquete y Fedro*. Gredos.

Platón (1988b). *Diálogos V Parménides, Teeteto, Sofista y Político*. Gredos.

Platón (1992a). *Diálogos VI Filebo, Timeo y Critias*. Gredos.

Platón (1992b). *Diálogos VII Dudosos, Apócrifos y Cartas*. Gredos.

Ramírez-Herrera, A. D. (2023). "¿Arquitectura del paisaje?" *VAD: veredes, arquitectura y divulgación* (10), 136-138. <https://veredes.es/vad/index.php/vad/article/view/Angel-Daniel-Ramirez-Herrera-Arquitectura-del-paisaje>

Roger, A. (2013). *Breve tratado del paisaje*. Biblioteca Nueva.

Souto, P. (2011). Paisajes en la geografía contemporánea: concepciones y potencialidades. *Revista Geográfica de América Central*, 2(47E), 1-23. <https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/geografica/article/view/1792>

Spinoza, B. (2000). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Trotta.